

TRANSFERENCIA Y SUBJETIVIDAD EN EL SIGLO XXI: EL PAPEL DE LOS *chatbots* Y LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN EL CONTEXTO PSICOANALÍTICO

ANDREA PAULINA BROUDEUR PEREYRA

Licenciada en Interpretación por el Instituto Superior de Intérpretes y Traductores (ISIT). Licenciada en Psicología por la Universidad Latinoamericana (ULA). Maestrante de la Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica en el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES).

Recepción: 21 abril 2026/ Aceptación: 08 junio 2026

RESUMEN

Este trabajo analiza el fenómeno de la transferencia en la interacción entre individuos y *chatbots* de inteligencia artificial desde una perspectiva psicoanalítica. A partir de la teoría freudiana de la transferencia y del concepto lacaniano de Sujeto Supuesto Saber, se examina cómo los usuarios pueden investir simbólicamente y afectivamente a sistemas conversacionales que carecen de inconsciente, deseo y subjetividad. El artículo sostiene que la transferencia hacia la inteligencia artificial no constituye una anomalía, sino una manifestación estructural del funcionamiento del inconsciente, en la que el sujeto deposita saber, afecto y expectativas en un Otro investido simbólicamente. No obstante, a diferencia del dispositivo analítico, los *chatbots* operan como espejos discursivos diseñados para responder a la demanda del usuario, lo que puede favorecer dinámicas de dependencia emocional y evitar la confrontación con el conflicto psíquico. Se concluye que, aunque estas tecnologías pueden ofrecer contención emocional y ampliar el acceso a ciertos recursos de apoyo, por ahora no pueden sustituir la función del analista ni operar sobre el inconsciente.

PALABRAS CLAVE: *chatbots* terapéuticos, deseo, inteligencia artificial, subjetividad, Sujeto Supuesto Saber, transferencia.

SUMMARY

This paper analyzes the phenomenon of transference in the interaction between individuals and artificial intelligence chatbots from a psychoanalytic perspective.

Drawing on Freud's theory of transference and Lacan's concept of the Subject Supposed to Know, it examines how users can symbolically and affectively invest conversational systems that lack an unconscious, desire, and subjectivity. The article argues that transference toward artificial intelligence is not an anomaly, but rather a structural manifestation of the unconscious, through which the subject attributes knowledge, affect, and expectations to a symbolically invested Other. However, unlike the psychoanalytic setting, chatbots function as discursive mirrors designed to respond to the user's demands, potentially fostering emotional dependence and avoiding confrontation with psychic conflict. The paper concludes that, although such technologies may provide emotional support and broaden access to psychological resources, they cannot replace the analyst's function nor operate on the unconscious for now.

KEYWORDS: artificial intelligence, desire, Subject Supposed to Know, subjectivity, therapeutic chatbots, transference.

RÉSUMÉ

Cet article examine le phénomène du transfert dans l'interaction entre les sujets humains et les *chatbots* d'intelligence artificielle. À partir de la théorie freudienne du transfert et du concept lacanien de Sujet supposé savoir, il analyse comment les utilisateurs peuvent investir symboliquement et affectivement des systèmes conversationnels dépourvus d'inconscient, de désir et de subjectivité. Le travail soutient que le transfert vers l'intelligence artificielle constitue une manifestation structurelle du fonctionnement de l'inconscient, par laquelle le sujet attribue savoir, affects et attentes à un Autre symboliquement investi. Cependant, contrairement au dispositif analytique, les *chatbots* fonctionnent comme des miroirs discursifs répondant à la demande de l'utilisateur, ce qui peut favoriser une dépendance émotionnelle et éviter la confrontation avec le conflit psychique. L'intelligence artificielle ne peut donc pas se substituer à la fonction de l'analyste pour le moment.

MOTS CLÉS: *chatbots* thérapeutiques, désir, intelligence artificielle, subjectivité, Sujet supposé savoir, transfert.

INTRODUCCIÓN

Con el surgimiento de tecnologías como la inteligencia artificial (IA) a principios del siglo XXI, el desarrollo tecnológico se aceleró y se expandió para abarcar todo tipo de espacios que antes eran inherentes a los seres humanos, particularmente con la aparición de los *chatbots* como *ChatGPT*, marcando un momento crucial en la organización social, cultural y laboral actual.

Específicamente, el surgimiento de estas tecnologías, en conjunto con sociedades previamente divididas y con contextos sociales de aislamiento y alienación, ha cambiado la forma en que los seres humanos interactuamos a una velocidad nunca vista, debido al vertiginoso desarrollo técnico, pero también a las importantes consecuencias en la manera en que las personas se relacionan entre sí y desarrollan vínculos en un entorno que está cada vez más mediado por dispositivos considerados como “inteligentes”.

Uno de los cambios cruciales que presentan los *chatbots* es que no se trata de una tecnología orientada únicamente a hacer cálculos automáticos o a lograr que las tareas repetitivas y mecánicas se logren de una manera más eficiente y en menor tiempo, sino que se han desarrollado una serie de dispositivos capaces de emular conversaciones con seres humanos, haciendo uso de un juicio o discernimiento digital basado en modelos de lenguaje. Como resultado, parecen simular procesos de percepción, intuición e imitar algunas de nuestras actitudes humanas, o incluso de ciertos afectos para poder ofrecer respuestas a las demandas de los individuos, una facultad que solía ser exclusiva de las personas.

Una de las características más novedosas y, por lo tanto, cruciales de las nuevas IAs es que tienen cierta capacidad para imitar procesos de simbolización y abordar temas profundos durante conversaciones, haciendo posible un diálogo cuasi humano que nos coloca en una situación un tanto compleja, ya que, a pesar de que el sistema no posee conciencia, subjetividad, afectividad ni deseo, su uso del lenguaje invita a que el usuario le atribuya ciertos rasgos antropomórficos. Esta atribución no es un efecto colateral menor, sino que se ha convertido en un elemento central en la manera en que

la IA está ocupando un lugar en la vida social, laboral, sentimental e incluso amorosa de los sujetos.

DESARROLLO

Transformaciones en las relaciones sociales contemporáneas

Los *chatbots* conversacionales se incorporaron masivamente en la vida diaria de los individuos en una amplia variedad de contextos, y esto ha impactado principalmente en tres dimensiones.

En primer lugar, la dinámica social y la comunicación interpersonal es completamente diferente, al encontrarse constantemente mediada por la intervención tecnológica de redes sociales y aplicaciones que remplazan las conversaciones cara a cara por emojis, me gusta, publicación de contenidos, mensajes de texto, entre otros tipos de comunicación mediada digitalmente que imponen nuevos ritmos, expectativas y formas de comprensión, privilegiando de manera fundamental una interacción inmediata, continua y aparentemente siempre disponible.

En segundo lugar, se instaura progresivamente una dependencia cada vez mayor de los sistemas automatizados, delegando en ellos tareas cognitivas que solían ser exclusivas de los seres humanos y poniendo en juego nuestra subjetividad, como el pensamiento crítico, la creatividad, la expresión, la tolerancia a disentir y la propia agencia.

De hecho, hoy en día no es extraño o casual encontrar casos en los que sujetos consultan a la inteligencia artificial para eludir interacciones con seres humanos y evitar la incomodidad inherente que puede surgir en cualquier intercambio interpersonal, incluso en contextos tan elementales como un dialogo entre vecinos, amigos o familiares.

Por último, la IA también empieza a involucrarse en funciones que solían ser exclusivas de los sujetos: tales como las de tutores, orientadores, consejeros, interlocutores e incluso figuras de apoyo emocional, como psicólogos o psicoanalistas. Si bien estas alternativas podrían parecer útiles y accesibles para la población, es claro que, desde

un planteamiento ético y clínico, es muy importante considerar las implicaciones que conlleva el desplazamiento del vínculo humano por un artefacto digital que ofrece respuestas automáticas y que no es capaz de involucrarse a un nivel subjetivo, generando una relación asimétrica, unilateral y carente de responsabilidad ética.

La irrupción de la IA en el campo de la salud mental está modificando claramente el contexto terapéutico como lo conocíamos hasta ahora. Ahí donde históricamente se daba un encuentro entre dos personas de carne y hueso, en un espacio determinado, mediado por la voz, los silencios, los deseos, las sutilezas y muchos otros componentes que hacían del espacio analítico un dispositivo privilegiado para el tratamiento, hoy comienzan a utilizarse dispositivos conversacionales automatizados, siempre disponibles y diseñados para responder a las demandas del usuario.

Muchos individuos están tan inmersos en una realidad digital, en ocasiones más que en la dimensión relacional humana, que llegan a percibir a los *chatbots* como figuras auténticas y cercanas, capaces de escuchar, entenderles “como nadie más”, sostenerlos e incluso ser investidos de deseo. Este fenómeno, ampliamente documentado por investigaciones recientes, exige una reconsideración de uno de los conceptos más complejos del psicoanálisis: la transferencia.

La transferencia en el psicoanálisis y sus desplazamientos contemporáneos

El fenómeno de la transferencia es esencial para la labor psicoanalítica ya que es, ni más ni menos, el campo mismo donde opera la cura.

Para Sigmund Freud [2] en la transferencia se da un desplazamiento de los deseos, fantasías y expectativas inconscientes del analizante hacia el analista, en donde será fundamental que el paciente pueda repetir diversos actos infantiles dentro del contexto analítico siendo, además de un fenómeno afectivo, la resistencia más marcada del proceso. “La transferencia se reconoce clásicamente como el terreno en el que se desarrolla la problemática de una cura psicoanalítica, caracterizándose ésta por la instauración, modalidades, interpretación y resolución de la transferencia” (Laplanche, 439) [1].

De hecho, el mismo Freud argumenta en *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* en 1915 [2] que esta repetición de actos infantiles que se representan actualizados en la relación con el analista, no dependen de las características o cualidades de éste, sino de una posición simbólica que ocupa como depositario de todas esas pulsiones.

Así mismo, en *Recordar, repetir y reelaborar* en 1914, Freud plantea que el paciente “no *recuerda*, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que *actúa*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo *repite*, sin saber, desde luego, que lo hace” (152) [3]. Esto, por lo tanto, alude a la transferencia como un fenómeno estructural y no personal.

Es justamente esta distinción la que se vuelve crucial para comprender cómo es que los *chatbots* terapéuticos, pese a ser entidades digitales que carecen de subjetividad o inconsciente, pueden ocupar un espacio similar o ser considerados como artefactos transferenciales para un paciente. No es que los usuarios puedan amar u odiar a un *chatbot* “en sí”, sino que son capaces de investirlo simbólicamente.

En el artículo “Like I’m Talking to a Real Person: Exploring the Meaning of Transference for the Use and Design of AI-Based Applications in Psychotherapy” [4], Holohan y Fiske exploran el contexto en el que los individuos recurren a *chatbots* terapéuticos que descargan en sus dispositivos móviles para lidiar con diversas situaciones en su vida diaria. Los usuarios reportan sentirse escuchados, comprendidos y beneficiarse de la disponibilidad absoluta y continua de su “terapeuta”; de hecho, muchos reportan una importante mejoría en niveles de depresión y ansiedad. Sin embargo, surge la pregunta: ¿cómo se inscribe este fenómeno en el marco de una psicoterapia psicoanalítica?

En el mismo artículo, los autores reconocen que el paciente redirige al analista emociones, sentimientos o deseos que originalmente estaban destinados a otras figuras significativas por medio de ciertas actitudes, discursos, silencios o patrones de comportamiento, y que es justamente la labor del terapeuta saber reconocer y trabajar con estas proyecciones. Incluso, el analizante puede identificar en el terapeuta ciertos

rasgos como el tono de voz, apariencia, manierismos que evocan figuras parentales, procesos que resultan inconcebibles con un interlocutor digital.

Además, lo que ocurre en el consultorio de un psicoanalista involucra elementos irreproducibles, por lo menos hasta ahora, en un *chatbot*: la mirada, los silencios, los movimientos, el espacio físico y la constancia del encuadre, así como el recorrido subjetivo que implica acudir semanalmente al mismo lugar para presentarse vulnerable ante un otro impredecible. Todos estos elementos pueden ser determinantes en el curso de la cura.

Confesión y autoconfesión: el papel de la vulnerabilidad

No hay duda de que el dispositivo terapéutico no se puede pensar de la misma manera cuando el analista no es un ser humano, a pesar de que muchos usuarios consideren que se pueden relacionar con ellos como si “estuvieran hablando con una persona real”. Algunos beneficios que reportan incluyen no sentirse juzgados o la facilidad para discutir y profundizar temas difíciles; no obstante, estos mismos aspectos que podrían parecer benéficos en un principio, justamente imposibilitarían un trabajo analítico, al sostener un bienestar superficial y temporal que evita el abordaje de las causas subyacentes del conflicto.

Recordemos que, en la transferencia, la atribución de subjetividad se sostiene en la experiencia afectiva más que en la realidad técnica. Este fenómeno ya había sido advertido por Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* publicado en 1921 [5], donde señala que la investidura libidinal puede recaer en objetos que no poseen propiedades humanas reales, lo que vuelve al objeto significativo es la proyección y el deseo del sujeto, no su ontología.

Los estudios de Jiang de 2024 [6] sobre autoconfesión digital refuerzan esta idea. Los usuarios se sienten más libres para revelar aspectos íntimos de su vida emocional a un *chatbot* que a una persona, logrando una comunicación sincera y honesta sin el temor a ser vulnerables. La ausencia de juicio, la neutralidad y la disponibilidad absoluta del algoritmo hacen que los analizantes se sientan seguros, lo que facilita una transferencia positiva en la que el paciente siente que el *chatbot* lo entiende, lo acepta

sin prejuicio o crítica y le brinda un espacio donde puede revelar sus secretos más profundos sin riesgo a exponerse.

La IA, debido a los modelos de lenguaje que usa para responder, encarna esta ilusión de manera incluso más perfecta que el analista humano justamente porque carece de la subjetividad real, aquella que introduce fallas, resistencias y límites. No obstante, esta perfección crea una paradoja, ya que impide una relación de empatía y vulnerabilidad genuinas, posibles únicamente en el encuentro con otro ser humano, a pesar del desarrollo cada vez más realista de figuras antropomorfizadas que explotan la ilusión y cualidades de una persona. Los *chatbots* pueden imitar las emociones, pero no experimentar intimidad, consciencia ni autenticidad, funcionando más bien como espejos del discurso del usuario.

Lacan digital: el sujeto supuesto saber y el saber universal

En este punto, podemos hacer referencia a la propuesta de Jaques Lacan, quien conceptualizó la transferencia como la puesta en acto del Sujeto Supuesto Saber (SSS). El analizante ama al analista no por cualidades personales, sino porque le supone un saber sobre su verdad inconsciente, activando la transferencia cuando el sujeto cree que el Otro sabe. Como señala Roudinesco: “La transferencia aparece ahí como la materialización de una operación del ámbito del engaño, que consiste en que el analizante instale al analista en la posición de ‘sujeto supuesto saber’, es decir, que le atribuya el saber absoluto” (1105) [7]. Desde esta perspectiva, no importa si el otro es un ser humano, un Dios o un algoritmo: lo determinante es que sea investido como depositario de un saber.

La investigación de Joseph y Babu de 2024 [8] muestra que muchos usuarios creen que el *chatbot* puede entender, recordar, detectar nuestros estados emocionales y aprender de ellos con el tiempo y, a pesar de que estas creencias no corresponden al funcionamiento real de estos algoritmos, los efectos subjetivos que se producen pueden llevar a riesgos clínicos en un proceso analítico, ya que el *chatbot* aparece como un Otro que no falla; porque no olvida, no se cansa, no se molesta, y no impone límites.

Entonces, el saber deja de ser supuesto para convertirse, en la fantasía del sujeto, en un saber absoluto; pero este “saber” que el usuario percibe en realidad se trata de un modelo estadístico sin sujeto, sin inconsciente ni deseo, diseñado para producir respuestas satisfactorias que hagan que el usuario no sólo se sienta bien, sino que use cada vez más la aplicación digital. En *The Rise of AI Companions* [9], a ésto le llaman “el efecto de compañía cognitiva”, cuando el *chatbot* no solo responde, sino que recuerda fragmentos del discurso del usuario, adapta su comunicación y ofrece frases empáticas. En ese sentido es importante mencionar que el reconocimiento simbólico no requiere un acto real, así que la ilusión de escucha que produce el algoritmo basta para que el sujeto ubique allí al Otro.

Desde la perspectiva lacaniana, la transferencia es posible precisamente porque el analista no encarna un ideal de completitud, sino un vacío estructural. El analista sostiene la transferencia en tanto no responde desde el yo, permitiendo que el deseo del analizante se despliegue. En cambio, el *chatbot* terapéutico ofrece la fantasía de un Otro completamente disponible y perfectamente responsivo.

Black [10] desarrolla este punto al señalar que estos *chatbots* se convierten en espejos del deseo del usuario, promoviendo una la ilusión de comprensión constante, precisamente porque la interfaz está diseñada para devolver siempre una respuesta que parece adecuada y adaptada al usuario, sin la posibilidad de interpretar señales sutiles, matices en las actitudes o el discurso, resistencias o contradicciones, e incluso favoreciendo dinámicas de dependencia.

Afecto digital y transferencia

En *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905 [11], Freud describe cómo es que las personas pueden erotizar objetos que inicialmente no poseen valor sexual refiriéndose a una pulsión de carácter plástico o móvil; es decir, así como el niño puede investir libidinalmente objetos transicionales, como un juguete o una manta, el adulto puede hacerlo con un *chatbot* si lo experimenta como un objeto capaz de brindar satisfacción afectiva. Esto explica la idealización que Zengin Ispir [12] observó en su trabajo, usuarios que experimentan apego profundo con un *chatbot* que dicen “los entiende

mejor que nadie”, que el dispositivo se acuerda más de ellos y se sienten cuidados por él, proyectando un nivel de intimidad y confianza que a veces no tienen con amigos o familiares.

Este fenómeno se vuelve una suerte de círculo vicioso, ya que acentúa el aislamiento social y les impide formar nuevas relaciones con otras personas que pueden ser imperfectas o decepcionantes en esa comparación.

La transferencia negativa también puede presentarse en este tipo de dinámicas cuando el paciente no sólo manifiesta amor, sino también odio, decepción o frustración ante la falta de respuestas esperadas. En los estudios de Zengin Ispir [12] y Holohan & Fiske [4] se documentan casos en lo que el usuario se frustra intensamente ante respuestas que perciben como “robotizadas”, “frías” o “incomprensivas”. Este tipo de reacciones evidencian que el usuario no se vincula con la IA como un objeto técnico digital, sino como un Otro responsable, susceptible de cometer errores afectivos, como si fuera un sujeto.

Este punto conduce inevitablemente al fenómeno de la contratransferencia; es decir, a la respuesta emocional del analista ante la transferencia del paciente. La IA, por supuesto, no puede experimentar contratransferencia; sin embargo, algunos estudios recientes indican que los usuarios pueden fantasear respuestas afectivas en las respuestas del *chatbot*.

Holohan y Fiske [4] documentan casos de usuarios que sienten que el chatbot “se preocupa”, “se entristece” o “se decepciona” por ellos. En realidad, se trata de proyecciones que reflejan aspectos de la propia vida psíquica del usuario; por lo tanto, no se puede dar una contratransferencia real, aunque el sujeto en su fantasía la perciba como tal.

El problema ético se agrava cuando, como se documenta en “The Rise of AI Companions” [9], el diseño de los *chatbots* está justamente orientado a retener al usuario, explotando el apego emocional y la transferencia. El *chatbot* está orientado a maximizar la satisfacción del usuario respondiendo con mensajes cálidos y empáticos en una transferencia positiva sin límite, donde el usuario tiene la ilusión de gobernar la

relación sin que exista una alteridad capaz de detenerlo. Estas dinámicas pueden generar sobre dependencia, debilitamiento del pensamiento crítico y empobrecimiento de las relaciones humanas si no se considera una ética al diseñar y desarrollar este tipo de *chatbots* terapéuticos:

raising risks of emotional overdependence, diminished critical thinking, weakening human relationships, and threatening human dignity (Fang et al., 2025). As users invest time and emotional energy into these artificial connections, they may displace real-world relationships, potentially leading to unrealistic expectations of intimacy and social withdrawal from real human relationships (2.) [9]¹

Finalmente, aunque el vínculo con el *chatbot* puede vivirse como reparador, también puede resultar regresivo como explican Joseph y Babu [8]. El Otro algorítmico aparece como una figura siempre disponible, una suerte de madre suficientemente buena idealizada, pero, como lo advertía Winnicott, la maternidad suficientemente buena no consiste en la disponibilidad total, sino en la alternancia entre la presencia y la ausencia. El *chatbot*, por su diseño, no puede sostener esta falta: “El management de Winnicott consiste en dejar que el paciente aproveche las fallas y los desfallecimientos del analista” (1104) [7].

El deseo artificial: angustia e inconsciente simulados

Los *chatbots* están diseñados para operar como espejos que buscan complacer y dar la razón absoluta al individuo, sin introducir angustia, interrupción ni inseguridad. Paradójicamente, es justo esta cualidad la que distancia a la IA de la función del analista; si bien el efecto terapéutico imaginario puede ser significativo, el efecto analítico, en tanto operación sobre el inconsciente, es prácticamente inexistente.

¹ Esto aumenta los riesgos de dependencia emocional excesiva, disminución del pensamiento crítico, debilitamiento de las relaciones humanas y amenaza de la dignidad humana (Fang et al., 2025). A medida que los usuarios invierten tiempo y energía emocional en estas conexiones artificiales, pueden desplazar las relaciones del mundo real, lo que potencialmente conduce a expectativas poco realistas de intimidad y al aislamiento social de las relaciones humanas reales.

Los estudios de Holohan y Fiske [4] muestran que muchos usuarios reportan sentir que “pueden ser ellos mismos” con un *chatbot*, y en ese sentido, Jiang [6] distingue entre dos dimensiones de la autoconfesión digital: la autoconfesión hacia un Otro humano y la autoconfesión hacia un algoritmo. En la primera, el sujeto se presenta vulnerable frente a un otro que podría juzgarlo o rechazarlo; en la segunda, aparece lo que el autor denomina una “vulnerabilidad sin riesgo”, en la que el usuario se expone ante una máquina que no puede herirlo. En ausencia de este riesgo, la práctica deja de ser analítica y se convierte en un ejercicio autorreferencial, sin confrontación con el deseo del Otro. Desde la perspectiva lacaniana, esto correspondería al predominio del registro imaginario sobre el simbólico: la relación con la máquina se sostiene en una ilusión especular, no en un encuentro con el Otro.

Este predominio de lo imaginario tiene efectos importantes para la subjetividad, particularmente en un contexto donde las interacciones digitales por medio de chats, mensajes de texto y redes sociales tienden a remplazar los encuentros presenciales y a funcionar como mediaciones que evitan que el sujeto pueda confrontar las complejidades del lazo social y la angustia que puede surgir ante el deseo del Otro.

Los *chatbots*, al no desear, eliminan esa angustia, lo que puede resultar placentero o incluso vivenciarse como liberador; pero, este alivio también puede debilitar la capacidad del sujeto para tolerar ciertas dimensiones de la realidad psíquica. Recordemos que una parte importante del trabajo analítico consiste en sostener el malestar y permitir que aquello que se manifiesta del inconsciente pueda desplegarse. El *chatbot* terapéutico, en cambio, no confronta al sujeto con su falta, su deseo ni su dolor, y al eliminar por completo el displacer, corre el riesgo de reducir la escucha a una mera distracción emocional. Los artículos de Sotelo-Martín [13] muestran que, en contextos clínicos, algunos profesionales observan el desarrollo de dependencia hacia estas aplicaciones, no por su eficacia terapéutica, sino porque fungen como un refugio afectivo sin confrontación.

Hay un punto particularmente preocupante de esta dinámica: la aparición de relaciones “cuasi amorosas” y sumamente dependientes con los modelos de lenguaje. The Rise of

AI Companions [9] recoge testimonios de usuarios que experimentan celos, apego e incluso sufrimiento romántico cuando el *chatbot* no responde como esperan.

En *Pulsiones y destinos de pulsión* de 1915 [14], Freud distingue entre el objeto de la pulsión que puede sustituirse indefinidamente y su meta, que persiste como búsqueda de satisfacción y descarga libidinal parcial. En este sentido, la inteligencia artificial puede funcionar eficazmente como objeto sustituto dado que está diseñada para siempre proporcionar una gratificación inmediata. Los estudios de Joseph y Babu [8] muestran que la interacción de este tipo genera “circuitos cortos” de satisfacción emocional: el usuario expresa su malestar, la máquina responde con empatía, el usuario experimenta alivio, reproduciendo la dinámica pulsional de la demanda, pero sin introducir el límite. Cuando la pulsión no busca satisfacción posible, sino circulación; la satisfacción plena es imposible; pero, al simular una empatía ilimitada, el *chatbot* alimenta la fantasía de que dicha satisfacción sí es posible.

Jiang [6] advierte que los usuarios pueden interpretar esta experiencia como crecimiento emocional, cuando en realidad se trata de una regulación externa artificial, similar a las adicciones leves en las que el sujeto recurre al objeto para estabilizar su economía pulsional, pero sin avanzar en la elaboración de los conflictos subyacentes.

Incluso cuando los *chatbots* terapéuticos están diseñados para acompañar e intervenir en salud mental, como señalan los artículos de Sotelo-Martín [13], su función se acerca más a la de un dispositivo de contención emocional que a la de un agente analítico, dado que carecen de la capacidad de trabajar con las resistencias y la transferencia.

Como señala Freud: “El vencimiento de la resistencia comienza, como se sabe, con el acto de ponerla en descubierto el médico, pues el analizado nunca la discierne, y comunicársela a este” (156) [3]. La IA, al carecer de inconsciente, no puede realizar interpretación, por lo que su operación es estadística y no hermenéutica, siendo una posición anti analítica por definición. En este sentido, es ilustrativo el concepto que Jiang [6] propone de “confianza algorítmica”; es decir, una entrega afectiva hacia la máquina que se basa en la percepción de neutralidad y precisión técnica. No obstante, el psicoanálisis no busca generar confianza, sino posibilitar la emergencia de la verdad

del sujeto en el lenguaje, los actos y retoños del inconsciente. El *chatbot*, al generar confianza plena y constante, se inscribe en una lógica opuesta a la del psicoanálisis, ya que está diseñado como un objeto que siempre responde a la demanda y ofrece satisfacción inmediata, evitando la angustia.

La transferencia en la era algorítmica: entre el saber supuesto y el saber calculado

Ya hemos examinado el fenómeno de la transferencia hacia los *chatbots* de inteligencia artificial desde la perspectiva del psicoanálisis, pero también es fundamental interrogar lo que este tipo de dinámicas puede anticipar respecto al futuro de las relaciones sociales y la constitución de la subjetividad en el aparato psíquico.

La proliferación de dispositivos capaces de sostener conversaciones aparentemente empáticas o emocionalmente cálidas abre una serie de preguntas fundamentales: ¿qué ocurre con el deseo y la subjetividad cuando el Otro que escucha es una maquinaria estadística?, ¿cómo se da la transferencia cuando los vínculos son automatizados y se sostienen en modelos de lenguaje universales?, y, más aún, ¿es posible pensar una “clínica del algoritmo”?

Una primera constatación es que la transferencia hacia la máquina no constituye una anomalía o excepción, sino una manifestación paradigmática de la estructura del inconsciente, donde el sujeto inviste libidinalmente objetos que funcionan como soportes de identificación y de proyección.

El líder, el maestro, el ídolo o el compañero amoroso son todas figuras que reciben las partes más infantiles y pulsionales del sujeto, y lo complejo no es que ahora la máquina ocupe ese lugar, sino que el diseño algorítmico promueve deliberadamente esa investidura.

En *The Rise of AI Companions* [9] se describe cómo es que muchos sistemas están optimizados para generar apego y producir una sensación de intimidad y reciprocidad, por lo que la transferencia ya no emerge únicamente del inconsciente del sujeto, sino que es amplificada y manipulada por la arquitectura del dispositivo para satisfacer una demanda de escucha, acompañamiento y regulación emocional. En esta medida, los

chatbots terapéuticos pueden funcionar como muletas imaginarias que atenúan el malestar, pero también como barreras que impiden el encuentro con la castración simbólica.

El motor del análisis

Recordemos también que, para Freud, la transferencia no es únicamente una resistencia, sino también el motor del análisis. La transferencia positiva permite el avance del tratamiento, mientras que la negativa revela los puntos de fijación libidinal que deben ser elaborados a través de interpretaciones.

Esta posibilidad no existe en un algoritmo: la máquina no puede señalar una resistencia, no puede leer un lapsus, no puede localizar un desplazamiento o hacer una escansión. Los estudios de Holohan y Fiske [4] confirman esta limitación en tanto afirman que los *chatbots* pueden proporcionar alivio emocional, pero son incapaces de transformar el conflicto psíquico; es decir, su función es asistencial, no analítica.

Ahora bien, esto no implica que carezcan de valor, pero sí exige ubicarlo correctamente, ya que es claro que, al menos hasta el momento la inteligencia artificial no puede ser concebida como un sustituto del trabajo clínico; más bien, debe configurarse y saber emplearse como un apoyo o una herramienta complementaria que puede ayudar a brindar contención y accesibilidad con contextos específicos, supervisados por un profesional, siempre bajo supervisión profesional, pero sin pretender operar sobre el inconsciente.

No obstante, el potencial de estos dispositivos es enorme y no debe de ser subestimado. Jiang [6] observa que las confesiones digitales revelan aspectos profundos del modo en que los sujetos experimentan la vulnerabilidad, la intimidad y la confianza.

En muchos casos, los usuarios se sienten “más sinceros” con un *chatbot* que con un terapeuta o un amigo, y esto es claramente muy importante si nos detenemos a examinar cuál es el papel del uso del lenguaje en estas interacciones. Lacan insistió en que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, pero no como un lenguaje que sea transparente, sino como uno que está compuesto por metáforas, metonimias,

equivocos y lapsus que permiten al analista hacer su labor. El *chatbot*, precisamente por estar entrenado para mantener la coherencia y el sentido, tiende a eliminar el equivoco, corregir el lapsus, a devolver un sentido donde el inconsciente del sujeto introduce desorden, eliminando justamente el material más valioso para el análisis, aquello en lo que se sostiene la atención flotante del analista.

A pesar de esto, la experiencia del usuario suele ser de empatía y comprensión y en efecto, Zengin Ispir [12] observa que muchos sujetos sienten que la IA “capta” su estado emocional, no porque el algoritmo tenga sensibilidad, sino porque su diseño de conversacional produce una impresión que puede confundirse con empatía. Freud [3], al reflexionar sobre la contratransferencia, advertía que una comprensión demasiado inmediata puede obstruir la elaboración; entender demasiado pronto puede funcionar como una forma de resistencia.

Psicoanálisis y las realidades contemporáneas

Por otro lado, también es importante preguntarnos si el psicoanálisis será capaz de dialogar con esta nueva forma de lazo social sin perder contacto con las realidades contemporáneas. Algunos autores, como Holohan y Fiske [4], sostienen que el psicoanálisis puede contribuir a diseñar interfaces más éticas, que consideren la vulnerabilidad del usuario y eviten estimular transferencias excesivamente intensas; no obstante, si bien este planteamiento es valioso en el plano ético, no resuelve la cuestión clínica de fundamental: ¿qué se hace con la transferencia cuando no hay un sujeto que pueda interpretarla?, ¿cómo se trabaja con un amor que se dirige a un algoritmo?, ¿qué ocurre cuando el Sujeto Supuesto Saber se deposita en una entidad que carece radicalmente de deseo e inconsciente?

Desde el punto de vista lacaniano, la respuesta es clara: no hay análisis sin un sujeto que encarne la falta, sin un Otro presente. El dispositivo algorítmico, por más sofisticado que sea, no puede ocupar la posición del analista porque nunca puede situarse como causa del deseo del analizante. El analista opera desde su deseo, pero el algoritmo, al no desear, no puede causar deseo; es decir, su lugar en lo subjetivo

será siempre el de un objeto de regulación afectiva, no el de un agente de transformación psíquica duradera y significativa.

Ahora bien, esto no implica que el psicoanálisis no deba estudiar seriamente estos fenómenos, por el contrario, la transferencia hacia los *chatbots* puede constituirse como un laboratorio privilegiado para observar cómo se reconfigura el deseo en las relaciones contemporáneas. La máquina ofrece alivio frente a una angustia social que demanda ser escuchada, pero ese alivio no resuelve el conflicto, simplemente lo aplaza.

La transferencia hacia la IA, entonces, no es un error del usuario ni un accidente del diseño, sino un síntoma de la estructura del lazo social contemporáneo que el psicoanálisis debe escuchar, no para sustituir al analista con algoritmos, sino para comprender las nuevas formas de amor, del supuesto saber, del deseo y de la alienación propias del siglo XXI. En este sentido, la inteligencia artificial no inaugura un problema clínico nuevo, sino que hace visible una verdad que Freud y Lacan ya conocían: que el sujeto habla siempre con fantasmas, y aquello que ama en el otro no es al otro mismo, sino a su propio deseo reflejado en él.

CONCLUSIONES

Desde una perspectiva crítica, resulta indispensable cuestionar los efectos de estas tecnologías y no utilizar únicamente métricas centradas en la eficiencia, es decir, no limitar la evaluación a cuánto se usa el *chatbot*, sino considerar también en su impacto sobre la experiencia del vínculo, la responsabilidad ética y la constitución del sujeto en la cultura. Aún no es posible calcular con precisión los efectos que el uso excesivo e indiscriminado de *chatbots* terapéuticos tendrán en la salud psicoemocional de los individuos o el lazo social, sin embargo, sí es posible intervenir de manera preventiva evitando concebir a la IA como un sustituto de la relación humana y pensándola como una herramienta cuyo uso requiere planeación, orientación, límites, mediaciones y una reflexión constante sobre sus implicaciones sociales y subjetivas.

Si bien la inteligencia artificial conversacional ofrece oportunidades inéditas para el acceso al conocimiento y la democratización de ciertos recursos simbólicos, su

integración en la vida cotidiana no está exenta de riesgos. El desafío central consiste en pensar su uso sin ignorar que el lazo social de los seres humanos se funda en la presencia del Otro como sujeto, portador de deseo, falta y singularidad, dimensiones que ninguna IA puede encarnar plenamente.

En un panorama general, más allá del campo terapéutico, lo cierto es que la tecnología que media las relaciones humanas en el siglo XXI es enormemente determinante para el futuro de las sociedades. Si bien estas nuevas herramientas pueden ser una manera en generar nuevas formas de conexión, lo cierto es que, están remplazando las existentes en lugar de fortalecerlos, provocando un aislamiento socioemocional que está teniendo consecuencias directas en la salud mental. Las interacciones mediadas por pantallas inertes privilegian la comparación, promueve inseguridades, favorecen la inmediatez, la imagen y métricas determinadas por “likes” en detrimento del lazo social que se había construido a lo largo de miles de años.

La construcción de la identidad y la autoestima tan importantes en el desarrollo de los individuos se distorsionan ante los sentimientos de insuficiencia, ansiedad, aislamiento y soledad, generando una necesidad imperativa de reconexión y acompañamiento que no puede resolverse a través de algoritmos inhumanos diseñados para generar dependencias extremas. En este sentido, se vuelve urgente reorientar la mirada hacia la recuperación de la experiencia del encuentro humano, reconociendo que ninguna tecnología puede sustituir la complejidad, la ambigüedad y la riqueza del vínculo entre sujetos.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LAPLANCHE, J., & PONTALIS, J.B. (1993). Diccionario de Psicoanálisis. Barcelona: Paidós, 1993.
- [2] FREUD, S. (1912). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. O.C. Vol. 12. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

- [3] FREUD, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar. O.C. Vol. 12. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] HOLOHAN, M., & FISKE, A. (2021). "Like I'm talking to a real person": Exploring the meaning of transference for the use and design of AI-based applications in psychotherapy. *Frontiers in Psychology*, 12, 1–13. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2021.708016>
- [5] FREUD, S. (1921/2006). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En O.C.Vol. 18. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- [6] JIANG, Z. (2024). Self-disclosure to artificial intelligence: The paradox of trust and vulnerability in human–machine interaction. *Computers in Human Behavior*, 145, 107770. <https://doi.org/10.1016/j.chb.2023.107770>
- [7] ROUDINESCO, E. (2008). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- [8] JOSEPH, A. P., & BABU, A. (2024). Transference and the psychological interplay in AI-enhanced mental healthcare. *Journal of Medical Internet Research*, 26, e52341. <https://doi.org/10.2196/52341>
- [9] ZHANG, Y. et. Al. (2023) *The rise of AI companions: Emotional attachment and digital intimacy*. *AI & Society*. <https://doi.org/10.1007/s00146-023-01687-2>
- [10] BLACK, J. (2023). The dialectic of desire: AI chatbots and the desire not to know. *Psychoanalysis, Culture & Society*, 28(3), 389–405. <https://doi.org/10.1057/s41282-022-00288-3>
- [11] FREUD, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. O.C. Vol. 7. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [12] ZENGİN İSPIR, G. (2025). Transference in artificial intelligence applications: A psychoanalytic perspective. *AI & Ethics*, 5(1), 77–89. <https://doi.org/10.1007/s43681-024-00401-9>

- [13] SOTELO-MARTÍN, J. (2025). Psicoterapia e inteligencia artificial: Diálogos clínicos potenciados por algoritmos artificiales para humanizar el cuidado emocional. *Revista Latinoamericana de Psicoterapia*, 41(1), 23–41.
- [14] FREUD, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. O.C. Vol. 14. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [15] FREUD, S. (1916). Conferencias de introducción al psicoanálisis. O.C. Vol. 15. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [16] FREUD, S. (1923). El yo y el ello. O.C. Vol. 19. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [17] Holohan, M., & Fiske, A. (2021). Artificial intelligence and psychoanalysis: A dialogue on subjectivity, desire, and ethics. *AI & Society*, 36(4), 1337–1347. <https://doi.org/10.1007/s00146-020-01085-4>